

REGLAS DE DISCERNIMIENTO 1ª SEMANA [313 - 327] - CONSUELOS ESPIRITUALES Y SENSIBLES

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Cuarta Parte, Cap. XIII), en la que el Santo nos invita a reflexionar sobre **LOS CONSUELOS ESPIRITUALES Y SENSIBLES, Y CÓMO DEBEMOS GOBERNARNOS EN ELLOS**

Dios conserva el ser de este gran mundo en una perpetua mudanza, por la cual el día se trueca en noche, la primavera en verano, el verano en otoño, el otoño en invierno y el invierno en primavera, y nunca un día es igual a otro. Vemos unos nublados, otros lluviosos, otros secos y otros ventosos, una variedad que llena el universo de una admirable hermosura. Lo mismo puede decirse del hombre, el cual es, según decían los antiguos, un compendio del mundo¹, porque nunca está en un mismo estado, y su vida se extiende y dilata por la tierra como las aguas, corriendo y ondeando con una perpetua variedad de movimientos, que unas veces le levantan a grandes esperanzas, otras le abajan por el temor, otras le inclinan a lo justo por el consuelo, otras a lo injusto por la aflicción, sin que jamás sea uno solo de sus días, ni aun de sus horas, parecido por entero al otro.

He aquí una importante advertencia: nos conviene procurar tener una continua e inalterable igualdad de corazón en una tan grande desigualdad de acontecimientos. Y aunque todas las cosas se truequen y varíen diversamente para con nosotros, hemos de permanecer constantes e inmóviles en la sola mira en el servicio de nuestro Dios. Tome el navío el rumbo que quisiere, que navegue al poniente o levante, a mediodía o al septentrión, o ya se vea azotado del más furioso y contrario viento, no por eso su aguja de marcar mirará sino la hermosa estrella del polo.

Que todo ande revuelto, no ya tan sólo en torno nuestro, sino aun dentro de nosotros mismos, esto es, que nuestra alma se vea triste o alegre, consolada o sin consuelo, en paz o atribulada, en claridad o en tinieblas, en tentación o en reposo, en gusto o disgusto, con amargura o ternura, que el sol la queme o el rocío la refresque, siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra aguja, mire sin cesar y se extienda perpetuamente al amor de Dios, su Criador, su Salvador, su único y soberano bien. «Ya vivamos, ya muramos, dice el Apóstol, si permanecemos en Dios... ¿Quién nos separará del amor y caridad de Dios?»².

¹ Sto. Tomás de Aquino, In VIII Phys., lib. VII, lect. IV.

² Romanos 14, 8

No, jamás nos podrá apartar cosa de este amor: ni la tribulación, ni la congoja, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la ternura, ni el desabrimiento, no nos podrán jamás separar de esta santa caridad fundada en Jesucristo³. Esta tan absoluta resolución de jamás abandonar a Dios ni dejar su dulce amor, sirve de contrapeso a nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condición de esta vida la acarrea; porque así como las abejas, viéndose sobresaltadas por el viento en el campo, se abrazan a las pedrezuelas que pueden, para poder así abalanzarse al aire, sin verse tan fácilmente expuestas al rigor de los vientos, de la misma manera, nuestra alma, después de haber abrazado con su resolución el precioso amor de Dios, queda constante en medio de la inconstancia y mudanza de los consuelos y aflicciones, así espirituales como temporales, exteriores como interiores. Fuera de esta general doctrina, nos son necesarios algunos principios particulares:

1. Digo, pues, que la devoción no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo y sensible ternura de corazón, la cual provoca en nosotros lágrimas y suspiros, y nos da una cierta satisfacción dulce y agradable en algunos ejercicios espirituales.

No, querida Filotea, la devoción y esto no son, en manera alguna, una misma cosa. Hay muchas almas que tienen estas ternuras y consuelos, y no obstante no dejan de ser muy viciosas, y, por consiguiente, no tienen un verdadero amor de Dios ni, mucho menos, una verdadera devoción. [...] También se encuentran personas que, al considerar la bondad de Dios y la Pasión del Salvador, sienten gran ternura en su corazón, que les hace prorrumper en suspiros, lágrimas, oraciones y acciones de gracias muy sensibles, de tal manera que podría decirse que son presa de una gran devoción. Mas, cuando se llega a la práctica, parece que, como la lluvia pasajera de un verano caluroso, que, al caer a grandes chorros sobre la tierra, no la penetra y sólo sirve para provocar la salida de las setas, de la misma manera estas lágrimas y estas ternuras, al caer sobre un corazón vicioso, no lo penetran, y son para él completamente inútiles, porque, a pesar de ello, estos infelices no se desprenden ni de un céntimo de los bienes mal adquiridos, ni renuncian a uno solo de sus perversos afectos, ni quieren aceptar la menor incomodidad del mundo en el servicio de aquel Señor sobre el cual tanto han llorado; de suerte que los buenos movimientos que han sentido no son otra cosa que ciertos hongos espirituales, que, no sólo no constituyen la verdadera devoción, sino que, con frecuencia, son grandes artimañas del enemigo, el cual, mientras entretiene a las almas con estas pequeñas consolaciones, hace que queden contentas y satisfechas con esto y que no busquen la verdadera y sólida devoción, la cual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa en ejecutar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

[...] La devoción, pues, no consiste en estas ternuras y afectos sensibles, que unas veces proceden del propio natural que es también blando y susceptible de la impresión que se le

³ Romanos 8, 35, 38-39

quiera dar, y otras veces del enemigo, que, para distraernos con esto, alimenta nuestra imaginación con ideas que producen estos efectos.

2. Sin embargo, **a veces estas ternuras y afectuosas dulzuras pueden ser muy buenas y útiles, por cuanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu y juntan a prontitud de la devoción un santo regocijo y alegría;** lo cual hace nuestras acciones hermosas y agradables, aun en lo exterior. Éste es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del cual David decía: “¡Oh, Señor, y cuán dulces son tus palabras a mi paladar! Son más dulces que la miel a mi boca”⁴. Y es cierto que el menor consuelo de devoción que recibimos, vale de cualquier manera más que las más excelentes y mayores recreaciones del mundo.

3. Pero me dirás: puesto que hay consuelos sensibles que son buenos y vienen de Dios, y también los hay inútiles, peligrosos y aun perniciosos, que provienen de la naturaleza o del enemigo, **¿cómo podré discernir los unos de los otros y reconocer los malos y los inútiles de los que son buenos?** Es sabido, querida Filotea, que, en lo que respecta a los afectos y pasiones, los hemos de conocer por los frutos. Nuestros corazones son los árboles; los afectos y las pasiones son sus ramas, y sus obras y acciones son sus frutos.

Es bueno el corazón que tiene buenos afectos, y son los afectos y las pasiones los que producen en nosotros buenas obras y santas acciones. Si las dulzuras, ternuras y consolaciones nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos con el prójimo, más fervorosos en mortificar nuestras concupiscencias y nuestras inclinaciones, más constantes en nuestros ejercicios, más dóciles y flexibles con respecto a aquellos a quienes debemos obedecer, más sencillos en nuestra manera de vivir, es indudable, Filotea, que son de Dios. Mas, si estas dulzuras sólo son dulces para nosotros, y nos hacen curiosos, ásperos, puntillosos, impacientes, tercos, orgullosos, presuntuosos, duros para con el prójimo, y por creer que ya somos santos no queremos sujetarnos más a la dirección y a la corrección, es seguro que estos consuelos son falsos y perniciosos. «El buen árbol solamente produce buenos frutos».

4. Cuando sintamos estas dulzuras y estos consuelos:

a) **Humillémonos mucho delante de Dios**, y guardémonos bien de decir a causa de estas suavidades: «¡Ah, qué bueno soy!» No, Filotea, estos bienes no nos hacen mejores, porque, como he dicho, la devoción no consiste en esto. Digamos más bien: «¡Oh! ¡qué bueno es Dios para los que esperan en Él, para el alma que le busca!». El que tiene azúcar en la boca no puede decir que su boca es dulce, sino que el azúcar es dulce. De la misma manera, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y muy bueno el Dios que nos la da, no se puede llegar a la conclusión de que sea bueno quien la recibe.

⁴ Salmo 119, 103

b) **Reconozcamos que todavía somos niños pequeños**, que necesitamos aún del pecho, y que estos deleites se nos dan porque tenemos el espíritu tierno y delicado, que necesita cebos y golosinas para ser atraído al amor de Dios.

c) Y después de esto, **recibamos humildemente estas gracias y favores, y tengámoslos por muy grandes**, no por lo que son en sí, sino **porque es la mano de Dios la que los pone en nuestro corazón**. [...] Así también, Filotea, mucho es sentir estas dulzuras, pero la dulzura de las dulzuras está en considerar que Dios, con su mano amorosa, nos las pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu.

d) Una vez las hayamos recibido con humildad, **empleémoslas con mucho cuidado, según las intenciones de Aquel que nos las da**. ¿Con qué fin creemos que Dios nos da estas dulzuras? Para hacernos suaves con todos y amorosos con Él. La madre da el dulce a su hijo para que la bese; besemos, pues, a este Salvador, que nos da tantas dulzuras. Ahora bien, besar al Salvador, es obedecerle, guardar sus mandamientos, hacer su voluntad, cumplir sus deseos: en una palabra, abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad. Por lo tanto, cuando recibimos alguna consolación espiritual, es menester que, aquel día, seamos más diligentes en el bien obrar, y que nos humillemos.

e) Además de eso, **es necesario que, de vez en cuando, renunciemos a estas dulzuras, ternuras y consolaciones**, que despeguemos nuestro corazón de ellas y que declaremos que, si bien las aceptamos humildemente y las amamos, porque Dios nos las envía y nos mueven a su amor, sin embargo no son estas consolaciones lo que buscamos, sino a Dios y su santo amor; no la consolación, sino el Consolador; no la dulzura, sino el dulce Salvador; no la ternura, sino la suavidad del cielo y de la tierra. Y con estos afectos nos hemos de disponer a perseverar firmes en el santo amor de Dios, aunque, durante toda nuestra vida, jamás hubiésemos de sentir ningún otro consuelo, diciéndole lo mismo en el monte Calvario y en el Tabor: «¡Oh Señor!, bueno es permanecer aquí», ya estemos en la cruz, ya en la gloria.

f) Finalmente, te advierto que si recibes en notable abundancia estas consolaciones, ternuras, lágrimas y dulzuras, o acontece en ellas alguna cosa extraordinaria, que **hables de ello sinceramente con tu director espiritual**, para aprender la manera de moderarte y conducirte, pues está escrito: «¿Has hallado la miel? Pues come solo la que te necesitas⁵».



Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!

⁵ Proverbios 25, 16